

CAMILLA
LÄCKBERG



**VERDAD
o RETO**

CAMILLA LÄCKBERG

VERDAD O RETO

Traducción de Claudia Conde

 Planeta

A Liv Andréasson le gusta *Walk Like an Egyptian*, que suena por la radio.

El taxista se balancea al compás de la música. Huele a sudor y tiene puntos negros microscópicos en la nuca. De vez en cuando le echa un vistazo furtivo a Liv por el retrovisor y, en cada ocasión, ella desvía la mirada.

«No pasa nada —piensa ella—. Te perdono que apestes a sudor y que te hayas relamido cuando me has visto salir por el portal, aunque me saques por lo menos treinta años.»

Una conductora de Taxi Stockholm le salvó la vida hace cuatro años y, desde entonces, se mantiene fiel a la empresa. A diferencia de sus amigos, nunca usa Uber.

La mirada del taxista la busca otra vez.

Ella gira la cabeza y se pone a contemplar la ciudad.

Estocolmo desfila al otro lado de la ventanilla, oscuro y nevado.

Calles invernales en el país del invierno.

La gente pasa envuelta en pieles o enfundada en gruesos plumíferos, sobre vestidos de fiesta, y su aliento forma nubecillas a la luz de las farolas.

Walk Like an Egyptian se acaba, y un presentador que respira audiblemente al hablar anuncia que faltan poco más de seis horas para que comience el nuevo año. Liv ha empezado a maquillarse por la tarde, en el monoambiente de la calle Valhallavägen. En realidad vive en casa de sus padres. El departamento lo alquiló en secreto, a través de una web de anuncios. Lo tiene desde hace tres meses y le permiten que se quede tres más, porque la propietaria se ha marchado a Bali a encontrarse a sí misma. Liv pasa todo el tiempo que puede en el diminuto monoambiente. Cada día, nada más salir de clase, se va hacia allá. A sus padres les dice que se queda a dormir en casa de una amiga, para estudiar. A pesar de todo, en verano se graduará.

Nunca ha sentido el impulso de enseñarle a nadie su refugio. Bueno, sí, le gustaría invitar a una persona, pero sabe que eso no ocurrirá nunca. El

taxi gira, pasa por un túnel y al salir Liv ve brillar las aguas del río Söderström. En la otra orilla resplandecen las luces de la ciudad. El vehículo se detiene bruscamente cuando comienza a levantarse el Danviksbro, el puente sobre el canal. Liv saca la botella de Sprite con vodka y se la lleva a los labios. Después rebusca un poco en el bolso hasta encontrar las pastillas que ha guardado en un bolsillo interior y se mete una en la boca. La deja sobre la lengua y el conocido sabor amargo empieza a difundirse por su paladar.

—¿Ha tenido un buen año? —pregunta el taxista.

—No mucho. Hace dos semanas murió mi madre.

Últimamente las mentiras le surgen con la mayor naturalidad. La primera vez que mintió sobre su madre fue en una fiesta, hace más o menos un año. Las palabras le salieron de la boca casi sin proponérselo y, cuando notó la conmoción del chico con el que hablaba, experimentó una curiosa sensación de libertad, semejante a una borrachera. Para Liv era como si su madre no existiera. Y si no existía, tampoco podía decepcionarla.

El hombre se ha quedado sin habla y Liv se

siente satisfecha. Lo ha dejado de una pieza. Es evidente que no sabe cómo reaccionar. Parece como si buscara palabras de consuelo, pero finalmente se conforma con murmurar:

—Lo siento.

—No estábamos muy unidas.

El paisaje fuera del vehículo se vuelve cada vez más familiar. Allí ha pasado su infancia, a orillas del estrecho de Skuru, en las afueras de Estocolmo. Se mudó con su familia, desde la ciudad de Örebro, cuando tenía cuatro años. Es una zona de casas grandes, con vistas al estrecho. Algunas, las mejores, tienen embarcadero propio. Desde los barcos que pasan sus ventanas se ven como acuarios donde los ricos hacen su vida. Liv lo sabe porque en uno de esos acuarios vive su familia. En este momento los pocos coches que circulan por las calles son taxis. Los todoterrenos y los deportivos han quedado estacionados en los senderos o guardados en los garajes. La mayoría de las casas están cerradas a cal y canto. Los habitantes de la zona del Skuru suelen recibir el Año Nuevo en Chamonix, en el Tirol austríaco, en las Seychelles o en las Maldivas. En esta época mirar el Instagram de Liv es como dar la vuelta al mundo.

El conductor detiene el taxi y Liv le tiende la tarjeta, tecléa el número secreto y paga en silencio. Se apea del vehículo y se alisa la falda del vestido corto que lleva.

El viento frío la hace tiritar. Con once centímetros y medio de tacón, sus piernas parecen todavía más largas y delgadas. En eso espera superar a Martina, que es su mejor amiga, pero también su principal rival. Siempre están compitiendo, aunque se apoyan mutuamente en todo. Su relación lo es todo menos complicada.

Hay un charco helado en el sendero que la hace trastabillar y maldecir entre dientes. Siempre le pasa lo mismo. Levanta la vista para asegurarse de que nadie la ha visto desde la casa y se agarra a la barandilla para no resbalar en ninguno de los tres peldaños cubiertos de hielo. Llama al timbre.

La puerta se abre enseguida.

—Llegas temprano —dice Max, en camisa y pantalones de esmoquin, con la pajarita aún sin anudar, colgada del cuello.

No es frecuente verlo así. Lo normal es que vaya en remera, campera de cuero y vaqueros rotos. A él no le sienta mal esa forma de vestir, aunque sus compañeros de estudios sean más

propensos a los jerséis y las camisas en tonos pastel.

—Me estaba cambiando —continúa Max, apartándose para dejarla entrar.

Liv intenta interpretar su tono de voz. ¿Se alegra de verla o habría preferido estar más tiempo solo? Es curioso lo que le pasa con Max. A veces tiene la sensación de conocerlo a fondo, mientras que otras lo ve como un extraño que ni siquiera habla su mismo idioma. Sin embargo, se conocen desde la infancia. Max se fija en su vestido negro de falda cortísima, pero no hace ningún comentario. Ni siquiera sus ojos le transmiten nada. Solo mira y registra lo que ve.

La casa tiene tres plantas y es una de las más grandes y lujosas de la zona. La planta baja, donde celebrarán el Año Nuevo, consiste únicamente en un gigantesco salón diáfano, con vistas a las sombrías aguas del estrecho. Parte del ambiente está dominado por una zona de cocina, con una isla inmensa y espacio para por lo menos doce comensales. Un poco más allá destacan dos enormes sofás de Svenskt Tenn con tapizado clásico de Josef Frank. Es como una vasta sala de exposiciones, decorada con piezas famosas del diseño contemporáneo y tesoros heredados de la familia

que harían palidecer de envidia a los subastadores de Sotheby's. Es un entorno que sin duda impresiona a los visitantes.

El padre de Max es un importante directivo de un banco y su madre es ama de casa, aunque en realidad nunca se ha dedicado personalmente al cuidado del hogar, ni tampoco al de sus hijos cuando aún lo necesitaban. Tienen personal de servicio para todo. Max es el pequeño de cuatro hermanos y el único que todavía vive con sus padres.

Delante de los ventanales está puesta la mesa, cubierta de pequeños detalles que parecen estallidos de oro y de luz. De la lámpara de araña de cristal cuelga una guirnalda donde puede leerse: «¡Feliz Año Nuevo!»; sobre el mármol de la isla de la cocina hay cuatro cubos de hielo, de los que sobresalen los cuellos de otras tantas botellas. Aunque serán solamente cuatro personas, hay al menos cuarenta copas de vino y champán preparadas.

—¡Qué bien te ha quedado! —Liv ríe—. Pero ¿por qué tantas copas?

—Para no tener que beber más de una vez de la misma.

—Mañana habrá mucho que lavar.

—No es problema mío —responde Max enco-
giéndose de hombros.

Apoyada en la isla de la cocina, Liv se pasa las yemas de los dedos por un brazo y siente que su piel reacciona. Un escalofrío le recorre todo el cuerpo. De entrada piensa que debe de ser por el frío, pero enseguida comprende que es la pastilla, que empieza a hacerle efecto.

—¿Un chupito antes de que vengan los otros?
—propone Max abriendo ya el armario acristalado con iluminación interior.

Saca dos vasos pequeños, los coloca sobre el mármol junto a Liv, extrae una botella de vodka Absolut de la cubitera y llena los dos vasos hasta desbordarlos. Con un dedo recoge las gotas derramadas, se las lleva a la boca y hace una mueca. Después repite el movimiento y le tiende el dedo a Liv, que lo lame apresuradamente. Le gustaría demorarse con los labios en torno al dedo de Max, pero no se atreve. En silencio levantan los vasos y apuran el vodka echando hacia atrás la cabeza.

Los dos se estremecen y dejan los vasos sobre el mármol.

—Tus padres ya han llegado. Los viejos piensan desmadrarse como si no hubiera un mañana —comenta Max.

Esta vez el tono de desprecio es inconfundible en su voz.

Le hace un gesto a Liv para que lo acompañe hasta la ventana y señala la casa vecina. Liv reconoce enseguida la espalda de su madre por la larga cabellera roja, suelta sobre la piel desnuda. Está de pie, hablando con el padre de Max. Hay ocho personas, entre ellas el hombre que hace cuatro años violó a Liv cuando todavía era virgen. Llevaba bastante tiempo sin verlo, y su cuerpo se pone alerta instintivamente. Una escena pasa por su mente y por un segundo se le hiela la sangre. Le echa un vistazo rápido a Max, para ver si ha notado su reacción, pero comprueba que sigue mirando la otra casa. A Liv le gustaría señalarle al hombre y decirle: «Ese tipo me violó», pero se muerde el labio y calla. Nunca se lo ha contado a nadie. ¿Cómo reaccionaría Max? ¿Qué sentiría hacia ella? Probablemente asco.

—¿Sabes preparar algún cóctel? —le pregunta Liv apartándolo de la ventana y llevándolo por un brazo al armario de las bebidas.

—¿Qué te gustaría tomar?

—Sorpréndeme.

—¿Me tomas por un barman sudoroso? —pregunta Max con expresión severa.

Pero enseguida se le ilumina la cara con una sonrisa. Llena dos vasos de hielo, echa un montón de vodka y a continuación un poco de refresco. Le tiende un vaso a Liv y levanta el otro para brindar. Entrelazan mutuamente los brazos antes de beber y les da tanta risa que la mitad de la bebida acaba en el suelo o en su ropa.

Entonces ríen todavía más.

Pero de repente Max deja de reír y se aparta de Liv, que se vuelve para ver qué sucede. Martina y Anton los están observando. La mirada de Martina pasa de forma alternativa de Max a Liv, inquieta y tal vez preocupada, pero sin el menor asomo de enojo. Más bien asombrada.

Ya se ha quitado el abrigo. Lleva un vestido con lentejuelas y tacones de aguja. Lo más seguro es que ya haya colgado varias fotos de su *outfit* en Instagram. La melena rubia le cae en cascada por los hombros y la espalda. Si se ha puesto celosa, no se le nota.

Anton está a su lado, de esmoquin y con el pelo peinado hacia atrás. Parece que los zapatos le quedan grandes. Se acerca a Liv mientras Max besa a Martina. Liv se deja envolver por la gran masa corporal de Anton, que huele a Calvin Klein. Mientras tanto mira con el rabillo del ojo a Max,

que agarra a Martina y la besa con estudiado histrionismo, como en una vieja película de Hollywood.

—¡Nos divertiremos mucho esta noche! —exclama Martina arrastrando consigo a Liv en dirección al cuarto de baño.

Se levanta sin el menor reparo la falda del vestido, se baja hasta las rodillas las bragas negras y se sienta en la taza del inodoro. Liv se apoya de espaldas contra uno de los dos baños.

Martina es su mejor amiga y la adora, aunque ya no suelen verse después de clase desde que Liv ha conseguido el monoambiente de Gärdet. De hecho, debería habérselo contado a Martina, pero quería tener algo que fuera solamente suyo, un lugar donde poder estar tranquila. Y no estaba segura de que su amiga pudiera entenderla, ni de que fuera a mantener la boca cerrada.

Martina no deja de parlotear. Liv la oye, pero no la escucha. Llaman a la puerta.

—Soy yo.

Es la voz de Max.

—Espera un momento —responde Martina.

Se pone de pie, se sube las bragas y se arregla el vestido. Antes de indicarle a Liv que ya puede abrir, se mira al espejo. Liv los deja solos en el

baño y, mientras se aleja en dirección al comedor, oye que vuelven a cerrar la puerta y echan otra vez el pestillo.

En el mismo lugar donde hace apenas dos minutos Max le ha metido un dedo en la boca la espera Anton, con el móvil en la mano. De repente el equipo de audio despierta y la música inunda el ambiente desde todos los frentes. Liv nota que su amigo está hablando, pero el volumen de la música (parece algo de Rihanna) no le deja oír lo que dice. Anton se guarda el teléfono en el bolsillo y va al encuentro de Liv.

—¡Qué guapa eres! —exclama—. Como una modelo.

Liv nota que está nervioso, aunque intente aparentar seguridad y confianza en sí mismo. Tiene la garganta seca. Va a buscar una copa.

—Tú tampoco estás nada mal.

Le gusta Anton. Es uno de los chicos más populares del instituto de Skuru, probablemente por ser el mejor amigo de Max. De hecho, vive a la sombra de Max, del mismo modo que Liv vive a la sombra de Martina desde la escuela primaria. En cuanto los otros dos regresen del baño Anton volverá a centrar toda su atención en su amigo, se envalentonará otra vez y, llegado el momento,

empezará a hacer chistes idiotas sobre el escote de Liv e incluso es posible que le pida entre carcajadas una mamada.

Liv no lo culpa. El chico tiene que entretener a Max, esforzarse por ir de malote y, al mismo tiempo, mantener a su amigo en un pedestal. Es su trabajo, su obligación.

Ahora está de pie delante de la ventana. Liv lo observa. Es guapo, pero carece del carisma de Max, ese misterioso atractivo que algunos tienen y otros no. Está mirando hacia su casa, donde la fiesta de sus padres está en pleno apogeo. Un hombre en uniforme blanco sirve canapés y casi se puede oír el tintineo de las copas.

—¿Se estarán divirtiendo? ¿Tú qué crees? —le pregunta ella.

—Acabo de estar allí, así que puedo asegurarte que no. No se divierten. Se miran en los otros como en un espejo. Presumen de éxito y hablan de sus empresas, sus coches, sus viajes y otras cosas sin sentido. Chismorrear sobre las desgracias ajenas. Ya sabes cómo son. Algún día nosotros también seremos como ellos. En el fondo es bastante triste.

—¿De verdad crees que dentro de unos años estaremos tan vacíos como ellos? —pregunta Liv, y Anton suelta una carcajada.

—Apuesto lo que quieras a que ellos decían lo mismo de nuestros abuelos y abuelas, hace veinte años. Es increíble cómo se heredan estas cosas.

Liv ve al hombre que la violó, que agarra un canapé de la bandeja y se lo lleva a la boca. Recuerda sus labios, sus dientes. Conoce exactamente la sensación.

—¿Qué te pasa? —pregunta Anton, mirándola intrigado.

—Nada —responde Liv reaccionando.

—Se te había puesto una cara muy rara. ¿Estás borracha?

Liv asiente.

—Sí, debe de ser eso. He empezado a beber mientras me arreglaba para salir.

—¿Y tus padres no lo han notado?

Liv está a punto de revelar la existencia del departamento, pero se echa atrás.

—Tengo un par de botellas escondidas en mi habitación.

Anton sonrío, se vuelve hacia la mesada y deja correr el agua del grifo mientras busca un vaso. Espera un momento y comprueba la temperatura con el dedo antes de llenarlo. No es la primera vez que le sirve un vaso de agua cuando ella ha bebido demasiado, por eso sabe que le gusta muy

fría. Le tiende el vaso a Liv, que se lo agradece. Anton puede ser amable y atento, y eso a ella le gusta.

Mientras se bebe el agua piensa en Max y Martina, que todavía están en el cuarto de baño. Probablemente se estarán enrollando. Según Martina, lo hacen a menudo: dos o tres veces al día. Puede que en este instante Max le esté metiendo un dedo en la boca a Martina, el mismo que Liv le ha lamido hace un momento. Sus salivas se estarán mezclando a través de Max.

Hace casi cuatro años aquel tipo la violó por primera vez, en el baúl abierto de su BMW X6. Ella volvía de un partido de hockey sala y él la llamó por la calle, desde su coche. Pero en lugar de llevarla directamente a su casa, le preguntó si no le importaba acompañarlo a hacer un recado. Se desvió por un camino boscoso y bajó hasta una ribera fría y solitaria. Su mano empezó a buscarla y al principio solo le rozó el hombro, pero enseguida bajó hacia sus pechos y se perdió entre sus piernas. El hombre tenía la boca entreabierta. De repente se apartó de Liv, abrió la puerta del coche y ella lo vio rodear poco a poco el vehículo. La hizo bajar y la condujo con suavidad por la hierba helada. Después abrió el baúl y le indicó

que se tumbara. Como el espacio era muy reducido, las piernas le colgaban por fuera. Entonces el hombre le quitó con torpeza los pantalones de deporte y las bragas. Liv no protestó ni hizo nada. Se quedó paralizada mientras él la embestía.

Más tarde, esa misma noche, se puso un abrigo grueso y salió de su casa sin que nadie lo notara. Estuvo caminando un rato, tratando de entender lo que había pasado y si realmente había sido violada. Lo cierto era que no se había resistido. No había intentado golpear al hombre, ni patearlo, ni morderlo. Se había quedado inmóvil. Había ofrecido tan poca resistencia que el tipo parecía estar seguro de que no iba a contárselo a nadie.

Siguió vagando en dirección al centro, hasta dejar atrás la zona más protegida de grandes casas aisladas. Recorrió senderos peatonales y vías para ciclistas, y pasó por hileras de casas más modestas, centros comerciales y primorosas viviendas de comienzos del siglo xx. Aturdida, no prestaba atención a la oscuridad ni al frío. No sentía nada, no era capaz de pensar. O, mejor dicho, no podía pensar en nada que no fuera la misma pregunta, una y mil veces repetida: ¿qué había pasado en realidad? De repente, tras dos horas andando, se encontró en el Danviksbro, el puente sobre

el canal. Estuvo un buen rato contemplando el agua oscura antes de subirse al parapeto. Prácticamente no había tráfico, pero un coche se detuvo a sus espaldas, con un frenazo que hizo chirriar los neumáticos. Liv se volvió y leyó «Taxi Stockholm» en un lateral del vehículo. Al volante iba una mujer. Era más bien rellenita y de baja estatura, con aspecto de madre.

—¡No te tires! —gritó—. ¡Por lo que más quieras, no te tires!

Sin responder, Liv se volvió de nuevo hacia la oscuridad. La taxista intentó serenarse y hablar con un tono de voz que no fuera tan apremiante ni tan desesperado. Se acercó a ella poco a poco y se agachó a su lado.

—Por favor, cielo, no saltes. No sé qué te ha pasado, pero ya verás como todo se acaba arreglando. Piensa en tu familia y en las personas que te quieren. Tienes toda una vida por delante.

Liv se volvió otra vez despacio. La mujer tenía los ojos llenos de lágrimas y las mejillas enrojecidas por el frío y el viento. Le tendió la mano en actitud suplicante. Todavía hoy Liv sería incapaz de decir por qué aceptó la mano de aquella mujer y se bajó del parapeto.

Se abrazaron y después la taxista la llevó a su casa.

—¿Sabes cuándo llegará la cena?

Liv sale bruscamente de su ensoñación y el recuerdo de la mujer que le salvó la vida aquella noche se disuelve como una tableta efervescente. Al ver que Anton la está mirando se da cuenta de que lleva unos segundos apretando con fuerza el vaso vacío. Lo deja sobre la mesada.

—Creo que los del catering vienen a las nueve.

—Yo ya tengo hambre —se queja Anton masajeándose el vientre con la mano, como un niño pequeño.

Su gesto hace sonreír a Liv.

—¿Quién puede esperar hasta las nueve? Voy a pedir algo por Foodora —continúa Anton, sacándose el móvil del bolsillo—. Dale, hecho. En un rato un indio bajito vendrá resoplando en su bici con una pizza para mí.

Liv deja de prestarle atención y se acerca al mueble bajo el televisor adosado a la pared, en el otro extremo del enorme salón. Abre los cajones y curioseas su contenido. ¿Qué van a hacer las próximas seis horas? Beber, por supuesto. Comer. Pero

ella quiere algo más. En uno de los estantes encuentra un viejo juego de Monopoly. Levanta con cuidado la tapa y contempla el tablero y las tarjetas. Sin preocuparse por lo que puedan decir los demás, va hacia la zona de los sofás, coloca el juego sobre la mesa y ordena en fila las fichas metálicas.